

LA CHAPUZA. MONEDA EUROPEA Y SOBERANÍA DEMOCRÁTICA

Frédéric Lordon

El Viejo Topo, Barcelona, 2016

271 págs.

Comentar en 2016 una obra editada en 2014 en su versión original siempre tiene algún riesgo. Más si cabe cuando versa sobre un tema de actualidad como es el de la construcción europea y sus dos pilares más conflictivos: la pérdida de soberanía democrática y todos los elementos relacionados con la moneda europea. Pero un acontecimiento reciente como el *Brexit* nos indica la coexistencia de tiempos en la Unión y en su opinión pública: el tiempo del ruido y de la explosión interesada de opiniones siempre enmarcadas en el corto plazo de los mercados bursátiles y financieros, y el tiempo de una realidad más sosegada en el que casi todas las cosas que pasan van en la dirección prevista por quienes han diseñado los elementos más característicos y fundamentales de la Unión.

La constatación de que Europa ha sufrido más que Estados Unidos y Japón una crisis de origen norteamericano y que, además, tiene un proceso de recuperación mucho más lento, constituye una realidad palpable que obliga a analizar con detalle nuestros problemas particulares, al mismo tiempo que se da cuenta del carácter social del devenir de la economía europea y de las políticas que sustentan su evolución.

Visto desde el lado del diseño de las respuestas coordinadas establecidas a nivel internacional las diferencias no parecen importantes. La cumbre del G20 de Londres celebrada en abril de 2009 estableció líneas comunes para remontar la crisis aplicando respuestas de tipo convencional: expansión monetaria como nunca se había conocido para procurar tipos de interés

cercanos a cero; mayor regulación financiera con mayores exigencias de capital y liquidez a las grandes entidades financieras; nuevos modelos de gobernanza y de gestión del riesgo en dichas entidades para intentar hacer las crisis menos costosas a los contribuyentes y quizás menos frecuentes; y expansión fiscal allí donde las cuentas públicas lo hicieran posible.

Llama la atención en este sentido que también los bancos europeos, pasado ya un buen número de años desde la precipitación de la crisis financiera, se encuentren en peor situación que sus homónimos estadounidenses, causando primeros de dicha crisis. Pero ese tema ya ha sido tratado ampliamente por Lordon en anteriores publicaciones.¹

Las respuestas de la Unión Europea han sido acordes con las propuestas del G20 aunque mucho más lentas y muy condicionadas por su diseño institucional y por la *constitucionalización* de la base de sus políticas económicas. Toda la primera parte del libro de Lordon —«Atolladeros de Europa»— aporta las ideas del autor sobre estas particularidades. Su opinión es bastante negativa y va más allá de otras críticas como la de Stiglitz en su libro reciente sobre el euro. Llega a rescatar la expresión “teratología” (estudio de las deformaciones o de las anomalías), utilizada principalmente en zoología, para caracterizar determinadas características de la Unión Europea.

Muestra su perplejidad ante aquellas personas que siguen hablando de Europa como “baluarte frente a la mundialización neoliberal”. Piensa, más bien, que estamos ante una determinada “forma regional” de dicha mundialización con características comunes a otras formas regionales y con determinadas particularidades, unas más viejas y otras más recientes, que no alteran su alineamiento fundamental.

Todas las caras que presenta la mundialización neoliberal están fuertemente condicionadas por el cambio más espectacular que se ha producido en los últimos veinte años: la desregula-

¹ F. Lordon, *El porqué de las crisis financieras y cómo evitarlas*, FUHEM Ecosocial/ Catarata, Madrid, 2009.

ción financiera que favorece a Estados Unidos y constituye una “revolución política silenciosa” que daña espectacularmente la soberanía democrática. Ya no es posible olvidar que, también en la Unión Europea, las políticas económicas están fuertemente orientadas por los mercados financieros con lo que la soberanía popular se encuentra seriamente dañada. A este respecto recoge viejas ideas de Polanyi sobre la pérdida de integridad de la sociedad política como cuerpo. Este nuevo ataque liberal sucede a “la individualización” asociada al primer liberalismo: el grupo de los acreedores internacionales se presenta como el gran intruso en los contratos sociales de tradición europea.

Pero los problemas de la Unión son más fuertes y profundos, y seguramente tienen que ver con lo que hemos señalado al principio: casi diez años después de la precipitación de la crisis se encuentra en peores condiciones que Estados Unidos en materia de crecimiento, empleo y crisis bancaria. El neoliberalismo europeo se caracteriza por la extensión de su poder normalizador, siempre a favor de los grandes acreedores. La Unión *constitucionaliza* su política económica, daña la soberanía democrática e impide decisivamente otros mecanismos de política económica. Se trata de un “disparate económico y de una barbaridad política” por utilizar una expresión del autor.

El Tratado de Estabilidad, Coordinación y Gobernanza en la Unión Económica y Monetaria es la máxima expresión de esta situación. Su corolario político es inmediato: apenas hay margen de maniobra para otro tipo de políticas menos neoliberales. Los acontecimientos griegos constituyen la mejor expresión de esta situación. Se castiga cualquier aspiración de comportamientos diferentes y solo pueden negociarse con la Comisión las migajas de la flexibilidad de los calendarios. Tenemos un corsé más rígido que el que afecta a la política económica de los Estados Unidos.

En todo este proceso Alemania ha jugado un papel trascendental sobre el que Lordon ras- trea los aspectos históricos menos evidentes: el

papel jugado por Hans Tietmeyer y los sucesivos responsables del Bundesbank desde los orígenes de la integración monetaria europea, y la condescendencia de los protagonistas de la “alternancia francesa” (derechas y socialdemócratas no han manifestado nunca diferencias significativas en estos asuntos) con los postulados alemanes.

El escepticismo del autor sobre la Unión Europea llega a determinados instrumentos que, desde mi punto de vista, presentan rasgos interesantes: la mutualización de la deuda y las emisiones de eurobonos. Piensa que sus efectos beneficiosos se verán compensados negativamente por aumentos de la disciplina presupuestaria impulsados por Alemania.

Tras las precisiones y explicaciones sobre la realidad, el libro tiene una segunda parte presentada bajo un interesante epígrafe: «Salir». Primero se explora el caso de Grecia. Las imposiciones de la *troika* al país han estado, desde el principio, más interesadas en la suerte de los acreedores financieros que en las posibilidades de supervivencia económica de los griegos. Desde su punto de vista, y sin perspectiva de cambios radicales en las políticas de la Unión, las únicas posibilidades de supervivencia de ese país pasan por adoptar medidas radicales: suspensión completa del pago de la deuda soberana, reactivación del banco central nacional, devaluación, y recuperación del control sobre el sector bancario y los capitales. El autor es consciente de que ninguna de estas medidas será capaz de resolver el problema de fondo de la economía griega pero, el restablecimiento de un horizonte de crecimiento a medio plazo, puede servir para mejorar las perspectivas de la economía de ese país. Siempre que, de forma paralela, Grecia fuese capaz de construir una “economía política de la tributación” (asunto que tiene poco que ver con el entramado institucional de la Unión) con una base tributaria adecuada y con mecanismos administrativos eficaces que garanticen la recaudación.

La decisión del impago, extensiva a otros países, le resulta una ocasión histórica que no

se puede desperdiciar. Impago centrado en «la parte de la deuda que se pueda atribuir indiscutiblemente a las propias finanzas» (p. 104) y que llega a precisar para varios países: en Francia 24,6 puntos del PIB (los que separan 2007 de 2012), en España 44,9 puntos, en Portugal 60,5 puntos, etc. Lordon piensa que, sobre esas bases, se podría reconstruir un “nuevo sistema financiero” con gran protagonismo en sus inicios del banco central, con elevadas ayudas financieras al sector bancario para mantener su liquidez, pero, sobre todo con «reanudación de las operaciones bancarias ordinarias sobre nuevas bases, de las que estarían excluidas las actividades especulativas» (p. 109). Ya sabemos que estas acciones suponen la ruina de las finanzas (la forma institucional que en este capitalismo condiciona decisivamente todas las demás) pero también suponen la tabla rasa que permitirá nuevas formas económicas bajo otras bases. De nuevo el “obstáculo alemán” se alza como el inconveniente principal que hay que derribar: “si Europa revienta por seguir el modelo alemán, hay que renunciar a él; de lo contrario haremos otra Europa sin vosotros”. ¡Parecen demasiadas ínfulas políticas para tan poca presencia de los posibles contrincantes encabezados por Francia!

Los capítulos 5 y 6 de esta excursión por las vías de la salida hacen referencia a aspectos más políticos y sociales. El primero versa sobre «la posibilidad de lo nacional» y el segundo, de carácter más filosófico, es un *ex cursus* sobre la posibilidad de un pueblo europeo. Ambos capítulos tienen coherencia con el resto del libro, ponen en cuestión la capacidad europea para desbordar el marco político actual y animan a orientar los afanes hacia una exploración modesta de afinidades concretas y afinidades comunes entre las poblaciones de los diversos países de la Unión.

Mayor interés presenta para un economista el capítulo 7: «Por una moneda común». Manifiesta un fuerte escepticismo sobre las posibilidades de la situación actual de la moneda única, a pesar de que el Banco Central

Europeo, desbordando el marco previsto para sus actuaciones, ha contribuido a aliviar la presión sobre el euro en los últimos tiempos. También tiene fuertes recelos sobre las posibilidades prácticas de cualquier cooperación monetaria alternativa sin Alemania: «no es posible pasar del actual euro austero a un euro (por fin) renovado, progresista y social» (p. 175).

Sin embargo esa situación no elimina otras formas de cooperación monetaria, con o sin los alemanes, también difíciles de lograr pero de indudable interés. En ese terreno sus coincidencias con otros expertos, como J. Sapir, son interesantes: se trataría de una “moneda común” europea capaz de devolver posibilidades de expresión a la política económica. El camino pasaría, en primera instancia, por volver a las monedas nacionales y realizar los ajustes pendientes. Esa moneda común recogería algunas propuestas tradicionales que ya se manejaron en el siglo pasado. Claramente *el bancor* que propuso Keynes a nivel internacional para la cooperación monetaria internacional tras la segunda guerra mundial. En este caso el euro tendría referentes nacionales en los diferentes países de la Unión (euro-franco o euro-lira por ejemplo) sin convertibilidad entre ellas para agentes privados pero con capacidad para vigilar las balanzas por cuenta corriente de los países miembros. La parte común, un euro renovado, cubriría la presencia internacional de la Unión. Por tanto debería resolver “un objetivo de cambio externo común”, determinado por un Banco Central Europeo renovado, bajo la forma de un intervalo reducido arbitrado entre las propuestas e intereses de los países miembros y capaz de articular una política de cambio externo, pues no podemos olvidar que la relación de ese nuevo euro con el dólar seguirá siendo un problema estratégico internacional de primer orden.

El capítulo 8, «Lo que no nos arrebatará la extrema derecha», es interesante pero centrado en la situación francesa, y el apéndice final del libro «Izquierda y derecha» tiene la misma condición. En definitiva, un libro interesante que

deja sin resolver uno de los problemas más perentorios que, desde mi punto de vista, tenemos pendiente colectivamente para cualquier alternativa que quiera tener en cuenta el asunto más acuciante de la situación actual: cómo conjugar el carácter social de una nueva propuesta económica con la consideración inaplazable de los graves problemas ambientales. Lordon plantea el problema en el Prólogo con un epígrafe titulado: «¿Relanzar el crecimiento... cuando el planeta agoniza?». La observación es pertinente y el autor también considera que resolver esta contradicción es capital pero, opta de entrada, por aplazar el problema pensando que lo social es más urgente. Eso sí, se congratulará “y tirará su libro a la papelera” si surge un movimiento capaz de colocar en primer plano de actualidad los problemas ambientales y dar salida a los mismos en un marco que supere el capitalismo depredador que, por su propia lógica, causa la mayor parte de ellos. Mal camino. Los esfuerzos analíticos, metodológicos y propositivos deben recorrer trayectorias comunes.

Javier Gutiérrez Hurtado
Profesor de Economía Mundial

5 AÑOS DEL 15M. MOVIMIENTOS SOCIALES. CONSTRUYENDO DEMOCRACIA

Jordi Mir

El Viejo Topo, Vilassar de Dalt (Barcelona), 2016

138 págs.

Un nudo central de la filosofía política de fondo que alimenta este nuevo ensayo del profesor de la UPF Jordi Mir García (JMG) queda recogido en esta concepción de política que el propio autor toma de Simone Weil, de su *Estudio para una declaración de las obligaciones hacia el ser humano*: «el objetivo de la vida pública consiste

en poner, en la medida de lo posible, todas las formas de poder en manos de aquellas personas que consienten, de hecho, estar ligadas por la obligación a la que cada ser humano está sujeto respecto a todos los seres humanos» (p. 54). Esta *religatio* y estas obligaciones esenciales alimentan permanente, ininterrumpidamente, la perspectiva del autor. También esta consideración: «Hay demasiada distancia entre lo que muchas personas consideran injusto y no legítimo y lo que se acepta como legal y no se cuestiona en el debate mediático y político» (p. 56). Resulta por ello imprescindible «reducir esa distancia, de otro modo el abismo será irrecuperable» (p. 31). Uno de los corolarios poliéticos que la acompañan se formula con estas palabras: «La desobediencia civil es un grito que busca avisar de las injusticias que se están cometiendo, de la democracia que se está perdiendo», un grito necesario (Celaya: «son gritos en el cielo / y en la tierra son actos») «que va acompañado de propuestas para tener cuidado de las personas que lo están pasando mal y construir una legalidad legítima y civil» (p. 57).

Las descripciones y argumentaciones expuestas y defendidas se estructuran en el libro, que puede también leerse como una comprometida (y muy bien escrita) novela social con contenido político explícito, del siguiente modo: 1) A modo de introducción. 2) 15M: año I. 3) 15M año II: la PAH. 4) 15M año III-IV: la opción electoral. 5) 15M año V: la hazaña de ganar elecciones no basta. 6) Poliética para hacer posible la democracia (poliética, como se recuerda, es uno de los conceptos centrales de uno de los maestros del autor: Francisco Fernández Buey, uno de cuyos textos cierra prácticamente el ensayo).

Para JMG, así lo señala en la presentación, España está viviendo un tiempo de cambio político-cultural y los últimos procesos electorales son una evidencia más de ello (el libro se publicó antes de las elecciones del 26J). Las elecciones generales del 20D evidenciaron en su opinión la fractura del sistema bipartidista configurado por el PP y el PSOE y la «emergencia de